



UNIFICACIÓN-INTEGRACIÓN EN PSICOLOGÍA: UN ANÁLISIS DE TRES DIMENSIONES DE LA DISCUSIÓN

Jairo Tamayo¹

Universidad Veracruzana, México

Resumen

La discusión sobre la unificación-integración en psicología ha tomado un “nuevo aire”. Se describe someramente la propuesta de Staats (1991) al respecto junto con las críticas que sobre ésta se han generado (Green, 1992). Este será el punto de partida para el análisis de tres dimensiones en las cuales la discusión sobre la unificación-integración parece ser pertinente: la dimensión epistemológica-ontológica, la histórica y la práctica.

Palabras clave:

unificación; integración; dimensión epistemológica-ontológica; dimensión histórica; dimensión práctica.

Abstract

The discussion about unification-integration in psychology has taken a “new air”. I describe the Staats’s (1991) proposal as well as the critical review of Green (1992). I also analyze three dimensions in which the discussion about unification-integration seems to be relevant: an epistemological-ontological, historical and practical.

Keywords:

unification; integration; epistemological-ontological dimension; historical dimension, practical dimension.

¹ Address correspondece to: Centro de Estudios e Investigaciones en Conocimiento y Aprendizaje Humano, Av. Orizaba No 203, Colonia: fraccionamiento Veracruz, C.P. 91018, Xalapa, Veracruz, México. E-Mail: jtamayo@uv.mx

La discusión sobre la unificación en psicología y las propuestas en torno a la misma, han cobrado un especial interés dentro de algunas de las comunidades académicas pertenecientes a la disciplina. Como en la mayoría de los casos, las posiciones tienden a ser a favor o en contra del “ideal” integrador. Tales posturas se ponen de manifiesto en artículos de reflexión, propuestas, e incluso eventos académicos diseñados con el fin específico de discutir tal temática, o líneas de investigación encargadas del estudio mismo del proceso unificador.

Uno de los autores que ha hecho eco de esta tendencia y de la posibilidad real de unificar la disciplina psicológica ha sido Staats (1991). En el artículo citado, el autor sintetiza la discusión sobre la unificación en psicología a la vez que describe su propia propuesta unificadora. Este documento será el punto de inicio para la presente discusión. Si bien existen referencias más recientes del mismo autor (ver Staats 1999; 2005), el documento previamente mencionado se toma a modo de excusa para dar inicio a la discusión dado que el propósito de ésta no es abordar en detalle una propuesta en particular sino analizar, en lo general, la lógica misma de la discusión sobre la unificación. Espero y se me conceda esta licencia. Se parte entonces de una descripción somera de los argumentos de Staats (1991) para dar pie con ello a la discusión sobre la unificación.

Staats (1991), parte de aceptar la existencia de una amplia divergencia de criterios en la psicología lo que ha fomentado la falta de unidad; pero destaca que a pesar de ello han surgido alternativas orientadas a buscar un proceso de unificación teórica dentro de la disciplina, específicamente dentro de lo que él denomina como positivismo unificado.

En este sentido, el autor acepta la existencia de una “crisis”² dentro de la disciplina relativa a su unificación, la cual no es un resultado espontáneo sino que es un producto construido a lo largo de la historia misma del desarrollo de la psicología. Sin embargo, este carácter diverso de la disciplina psicológica sería una característica del *desarrollo natural* (por llamarlo de algún modo) de las ciencias modernas. El punto clave para Staats está en no negar la riqueza de la divergencia sino en buscar una forma de articularla en torno a puntos o aspectos clave que les puedan ser comunes.

El panorama general actual de la disciplina es la existencia de una amplia variedad de métodos, hallazgos, teorías, criterios, lenguajes, posiciones filosóficas, etc., cuya solución aparente sería la de la búsqueda de alternativas en torno a las cuales pueda converger la variedad. Una de estas alternativas sería la del positivismo unificado o unificacionismo. Ésta propuesta según el autor, se nutre de tres fuentes: la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia y asume que el desarrollo de las ciencias es progresivo, basándose fundamentalmente en el análisis histórico de la física como ejemplar.

Es así como el autor trata de mostrar que la amplia divergencia que puede ocurrir en las diferentes ciencias y disciplinas, es una característica genérica que se presenta en las primeras etapas históricas del desarrollo de éstas, en las cuales el interés está marcado por la búsqueda de nuevos fenómenos más que por la identificación de relaciones entre ellos. Posteriormente a ello, el paso del tiempo y el desarrollo mismo de las disciplinas llevarían a la identificación de elementos comunes entre fenómenos para lo cual el autor cita como ejemplos a las relaciones identificadas entre la electricidad y el magnetismo, la luz y algunos fenómenos químicos, entre otros. La identificación de elementos comunes entre fenómenos como uno de los pasos iniciales del proceso de la unificación como meta final, sería el resultado de nuevos descubrimientos y experimentos que identifiquen relaciones donde antes no las había. Tales hallazgos derivarían en un cambio en la conducta de los científicos y por ende de las comunidades a las que pertenecen, dado que ahora el interés se centraría en la búsqueda de la unificación a partir de tales elementos comunes. Dentro de ese cambio científico-conductual, los científicos antes “rivales” ahora colaborarían y se complementarían trabajando de manera articulada en el establecimiento de procesos conceptuales que sirvan como puente, y, de la búsqueda de datos que fundamenten las nuevas relaciones propuestas.

En resumen, para Staats (1991), la historia de las ciencias, o mejor, de la física como ejemplar, parece sugerir que en el comienzo la tendencia es hacia la divergencia. Pero éste puede ser el punto de partida para la construcción de relaciones puente entre fenómenos que conduzcan de manera casi natural hacia el proceso de unificación. Según ello, la concepción del autor no es sólo la de una búsqueda de alternativas de unificación sino, un supuesto subyacente de que la unificación es parte de, si no, objetivo final y natural, del progreso científico; donde además ese progreso científico sería uno que podría ser explicado, no por modelos normativos de la filosofía de la ciencia (e.g. las teorías del progreso científico por incorporación – ver Loose, 2004), sino descriptivos (que corresponderían para Staats a aquellos que

² Caparrós (1991) hace un excelente análisis histórico-crítico sobre el uso del término “crisis” al interior de la disciplina mostrando que prácticamente desde los inicios el *fantasma* de la crisis siempre estuvo presente en las discusiones sobre el estado actual y propósito de la psicología. En este sentido, hablar de una “crisis” no añade nada a la discusión más que un acento dramático. No se trata en este caso de discutir si se está o no en crisis sino de caracterizar el estado actual de la disciplina, independientemente de calificarlo. Tal caracterización sería más útil para guiar la discusión en lugar de “rasgarse las vestiduras” hablando de una *nueva* crisis.



especifiquen cómo es que la ciencia no unificada llega a serlo), los cuales, han estado ausentes para la mayoría de las disciplinas, caso concreto de la psicología.

La física como ejemplar

Staats (1991) realiza una serie de comparaciones parciales entre la física como modelo ideal de una ciencia no unificada que tendió a la unificación y el estado actual de la disciplina psicológica. Resalta el autor que las características de la fase no unificada de la física fue distinta a la que vive la psicología en la actualidad, afirmando con ello que el trabajo de unificación para el último caso, será más difícil, pero que se alcanzaría el fin unificador de la misma manera que en la primera. Y ello parece ser posible por el “amplio” interés que ha despertado la idea de la unificación en psicología. Aunque la amplia división es un hecho reconocido, también lo es el propósito de la unificación como un problema legítimo de abordaje disciplinar (este interés lo demuestra Staats (1991) al citar a varios autores de finales de la década del 80 y del 90 quienes hacen referencia a la unificación como propósito). A ello se suman los cambios institucionales como las divisiones de trabajo de la APA y ciertos intereses manifiestos al respecto puestos en discusión en varios congresos y convenciones organizados en torno al análisis del propósito y acciones para la unificación. Todo este conjunto sería evidencia de la necesidad de discutir sobre el tema en psicología independientemente de si la unificación es o no posible.

Staats (1991) llama la atención además sobre la necesidad de cambiar tanto actitudes como tradiciones dentro de la disciplina para dar cabida a la discusión sobre la unificación. Entre ellas se incluye el estar abiertos al hecho de que otros puedan pensar distinto sobre el mismo tema, pero que, a pesar de ello, desarrollen trabajos interesantes (e.g. en términos metodológicos). Pero también sería necesario un cambio de énfasis sobre el componente empírico de la disciplina para dar más apertura a otras tradiciones investigativas (o por lo menos ese parece ser el propósito de esta sugerencia, aunque no es lo suficientemente desarrollada por el autor). La discusión entonces debe orientarse a la unificación no sólo conceptual sino también metodológica.

Pero adicionalmente se requeriría un marco filosófico que sirva de base al proceso unificador. Dicha estructura filosófica debe ser además diferente a la o las que se han derivado de las ciencias naturales tradicionales dado que éstas se consideran distintas de la ciencia moderna y de la psicología, la cual se incluye dentro de estas últimas (de las ciencias modernas). Lo que parece sugerir el autor es que la psicología debería tener su propio marco filosófico que le sirva de base para el proyecto integrador. Tal propuesta parece ser interesante, sin embargo, la pregunta que surgiría es por qué requeriríamos de un marco filosófico exclusivo para la psicología, o en otras palabras qué nos hace tan idiosincráticos y/o especiales para ser merecedores de tales atenciones filosóficas.

¿Cuál es entonces la premisa básica a partir de la cual se puede sintetizar la propuesta de Staats (1991)? Podría resumirse de la siguiente manera: el interés por la unificación es valioso si dicha finalidad resulta fundamental y necesaria para alcanzar un estatus científico (siguiendo a Kuhn (1962), probablemente). Además, ello sería una necesidad imperante dado que la amplia variedad o el caos característico de la disciplina, no conduce al desarrollo del conocimiento científico. Por lo tanto, debe haber consenso para ser considerados una ciencia real.

Esta idea ha recibido algunos cuestionamientos. Green (1992) parte de afirmar que la meta de la unificación no es aplicable a todas las circunstancias científicas. En este sentido, en el caso de la psicología, de lograrse la unificación, estaría en duda de calificarse a éste como un logro o un progreso científico. No se puede afirmar *a priori* que la unificación sea un resultado deseable en psicología al margen de lo que la investigación teórica y empírica puedan señalar. Adicionalmente cuestiona el autor, que Staats (1991) ponga a la unidad como una meta filosófica-práctica por encima de otras que pueden llegar a ser más importantes en la actualidad como la consistencia interna de las teorías. Por lo tanto, para Green (1992), debería trabajarse en otros frentes para hacer de la psicología una verdadera ciencia, pero no necesariamente concibiendo a la unidad como meta necesaria o deseable.

Otros de los cuestionamientos de Green (1992) a la obra de Staats (1991), apunta a que no es fácil que haya una unificación de fenómenos y principios en psicología dado que no todos son del mismo tipo y ese tipo depende de la forma como las diferentes aproximaciones dentro de la psicología los abordan (a los fenómenos), de las posturas epistemológicas y ontológicas diversas e incluso de la variedad misma de las metodologías que usualmente son el reflejo de la dimensión epistémica y ontológica. La unificación en este caso podría por el contrario conducir a una serie de problemas a largo plazo, como puede ser la mezcla ecléctica de posturas inicialmente inconmensurables o a la generación de una mayor confusión conceptual.

A ello habría que sumarle otros factores como el dogmatismo característico de muchos teóricos y académicos dentro de la disciplina cuya labor directa o indirecta es la de desprestigiar otras aproximaciones, lo cual para el autor, en el fondo genera una “sana competencia” por el conocimiento objetivo (siguiendo a Feyerabend, 1975); y es dentro de dicha competencia donde incluso podría emerger, crecer o construirse la unificación en el largo plazo, pero sin necesidad de que ésta sea buscada como propósito.

Finalmente, afirma Green (1992), que los puentes sugeridos por Staats (1991), no terminarían diferenciándose de posturas eclécticas dado que no hay criterios lo suficientemente robustos como para distinguir entre las teorías *buenas* y *malas*; y esa falta de criterios se deriva del hecho de que somos “malos consumidores” de teorías. Para contrarrestar este aspecto, el autor sugiere que un punto importante por el que se debe empezar es por una fuerte formación en filosofía para los psicólogos y no sólo cambiar o incluso rechazar la filosofía de la ciencia tradicional sólo por el hecho de que no se ajusta a los propósitos unificadores (como parece sugerirlo Staats, 1991). La construcción e identificación de buenas teorías (que partan de una buena formación filosófica) puede ser el camino a la unificación, si esto último fuera necesario y deseable.

En resumen para Green (1992), aunque la unificación pueda ser algo razonable, no necesariamente debe ser la meta; tampoco debe ser el punto de partida. La unidad debe “venir a nosotros” a partir de la construcción de buenas teorías, pero no debe ser perseguida como un fin único. Si queremos tener una ciencia mejor, debemos ser mejores consumidores de teorías. Adicionalmente se necesita una buena formación en fundamentos filosóficos de la ciencia que nos permita identificar una teoría en torno a la cual se pueda construir un proyecto unificador. De no tener dichos fundamentos, terminaríamos equiparando al eclecticismo con la unificación.

La revisión que se ha hecho hasta el momento permite ver dos cosas: uno, que aunque la respuesta a la pregunta de si es posible la unificación en psicología parece ser en principio negativa, se han desarrollado algunas aproximaciones o por lo menos discusiones en torno al tema lo que ha hecho que éste siga siendo vigente.

Dos, que quizá una de las fallas de las diferentes propuestas unificadoras, incluyendo la que acá someramente se ha descrito (Staats, 1991), es plantear a la unificación como un fin deseable y necesario, que debe buscarse y que inevitablemente debe alcanzarse, para que así la disciplina adquiera un estatus científico.

A pesar de ello la discusión sobre la unificación no deja de ser llamativa ya que invita a reflexionar sobre el estado actual de la disciplina y sobre su futuro, tanto ideal como real. Pensar en un futuro ideal (sea este unificado o no), quizá no resulte en una discusión del todo vacía como podría percibirse. Ésta sería útil por lo menos para establecer los alcances y límites de la disciplina.

A partir de este momento, el documento se orientará a distinguir tres dimensiones en las cuales podría analizarse lógicamente el propósito unificador-integrador. Es importante en este punto aclarar el por qué se hace referencia a estos dos términos, esto es a la unificación y a la integración. En la actualidad se habla de unificación más no de integración. El término “unificación” sin embargo, parece ser de uso relativamente reciente dado que entra en escena aparentemente en la década del 70. Previamente el interés parecía estar más decantado hacia la integración en este caso entendida como el ordenamiento de la evidencia experimental acumulada fundamental aunque no exclusivamente al interior de una escuela o corriente, en función de un dispositivo conceptual común. Ejemplos de ello son las posturas de Stern, Koch o Bühler (ver Caparrós, 1991). Incluso Vygotski (1927/1991) en su análisis de la crisis, se refirió más a una posibilidad de integración encabezada por la psicología aplicada. Quizá con el progresivo desgaste de los grandes sistemas, escuelas, corrientes y dogmas (Ardila, 2003) el término “unificación” se hizo más susceptible de ser empleado. Si bien pueden tomarse como sinónimos, integrar parece implicar organizar o tomar a un elemento para hacerlo parte de un todo coherente; mientras que unificar refiere a unir, o ensamblar un todo en función de una parte. Aunque aparentemente ninguno parece tener un mejor uso que el otro, en lo que refiere al presente documento se empleará el término unificación en el análisis de la primera y parcialmente de la segunda dimensión y se reservará el de integración para la segunda y tercera, siguiendo principalmente en esta última, la sugerencia de Vygotski (1927/1991) antes mencionada.

Tres dimensiones de análisis de la unificación en psicología

En lo que sigue, se partirá de la siguiente idea: puede plantearse, aunque de manera un tanto arbitraria, que la discusión sobre la unificación es eventualmente analizable en función de tres dimensiones: epistemológica-ontológica; histórica, y práctica.

El análisis en términos de estas tres dimensiones se plantea como distinto al realizado en otros escenarios. Por ejemplo, Arana, Meilán y Pérez (2006) afirman que el análisis histórico, filosófico y práctico de la disciplina ya se ha realizado con el fin de identificar el origen de la diversidad en la psicología, de sus crisis o en la búsqueda de una identidad propia. Sin embargo, el propósito que se persigue en este documento es plantear si la discusión de la unificación-integración puede tener lugar lógicamente en cada una de estas tres dimensiones.

Dimensión epistemológica-ontológica

La primera dimensión hace referencia a la definición del objeto de conocimiento. La identificación de un objeto de estudio implica la conjunción de un compromiso ontológico y uno epistémico los cuales determinan los fenómenos a ser abordados por un área de trabajo y la delimitación y selección de las propiedades del objeto de estudio con el fin de estipular los criterios de conocimiento válidos y pertinentes (Ribes, 2000). Un proceso unificador a este nivel requeriría



entonces del establecimiento de un grado de acuerdo respecto a dichos supuestos ontológicos y epistémicos. Sin embargo, surge un primer problema y es que no hay acuerdo en psicología sobre el objeto de conocimiento a ser abordado. Podría establecerse cierto grado de acuerdo si se afirmara que el objeto de conocimiento es el estudio del comportamiento (aunque seguramente en este punto ya se plantearían divergencias). Pero el problema emerge al tratar de definir qué se entiende por dicho término. Es allí donde se hacen patentes las diferencias ontológicas a partir de las cuales se construyen objetos de conocimiento con propiedades notoriamente distintas. Teniendo en cuenta que, a grandes rasgos, no hay un conjunto de propiedades que sean compartidas en las definiciones del objeto de conocimiento, no existe un grado de conmensurabilidad posible entre los fundamentos ontológicos y epistémicos de las diferentes psicologías. Dicha inconmensurabilidad hace que no haya un claro punto de partida en la búsqueda de la unificación.

Un ejemplo de dicha inconmensurabilidad es descrita por Ribes (2000) quien examina ocho diferentes *paradigmas* posibles a partir de los cuales se han configurado o se configuran en la actualidad las diferentes psicologías (el autor habla de psicologías en plural para resaltar la amplia divergencia ontológica que se da en la disciplina). Cada uno de estos paradigmas da lugar a concepciones teóricas diferenciales sobre lo psicológico. Según el autor, tanto los paradigmas como las teorías derivadas (o que pueden ser descritas por uno u otro paradigma):

“plantean preguntas diferentes y en consecuencia buscan respuestas diferentes. Los medios para responder a esas preguntas: método, tipos de datos, criterios de evidencia, representaciones conceptuales, etc., son específicos a cada psicología. No pueden utilizarse los medios propios para responder a la pregunta de un paradigma a fin de responder las cuestiones de otro” (Ribes, 2000, p. 383).

La negativa para usar dichos medios de manera indistinta yace sobre el supuesto de que al hacerlo se correría el riesgo de asumir semejanzas donde no las hay. Dicho riesgo se evidencia por ejemplo cuando se presume la existencia de *semejanzas* conceptuales a partir del uso de un mismo término. Diferentes propuestas pueden emplear un mismo término pero no por ello éste hace referencia a un mismo estado de cosas. Al establecer este tipo de identidades o semejanzas puede caerse en el error de asumir que el usar los mismos términos implica también un mismo uso conceptual. La lógica que determina el uso de un término dentro de una propuesta teórica está marcada por el compromiso ontológico que dicha propuesta haya adoptado. Si los supuestos ontológicos son distintos, también lo será el uso que se haga de un término como concepto.

Al plantear que no hay puntos de encuentro conceptual entre las diferentes teorías sobre lo psicológico, se está afirmando que *las psicologías* no pueden ser conmensurables ni unificables. La conmensurabilidad se da sólo cuando existen propiedades compartidas en la definición del objeto de estudio. Dada la amplia divergencia en la concepción de lo que *es* el objeto de estudio de la disciplina psicológica y las múltiples definiciones que éste puede tomar, no existe un punto claro a partir del cual se pueda plantear un proceso de unificación disciplinar. Insistir en la unificación partiendo de la existencia de elementos comunes entre teorías (términos, fenómenos, datos, etc.) permite que se presente un riesgo latente de eclecticismo (Ribes, 2000).

Sin embargo, aunque en la dimensión epistemológica-ontológica parece responderse de manera negativa a la posibilidad de la unificación, las otras dos dimensiones no parecen (relativamente hablando) seguir el mismo tono por lo menos si se habla más de integrar que de unificar.

Dimensión histórica

En esta dimensión de análisis se afirmará que pueden identificarse ejemplos históricos de propuestas teóricas o metateóricas que pudieron cumplir por lo menos ciertas características más integradoras que unificadoras. Sin embargo cabe aclarar, que las propuestas a las que se hará referencia no se construyeron a partir de propósitos integradores o unificadores, pero sí bajo el supuesto (implícito o explícito) de ser por lo menos más abarcadoras, completas, sistematizadas o explicativas, que sus antecesoras o rivales³.

Se tomará como ejemplo inicial a los grandes sistemas de la naciente psicología experimental de finales del siglo XIX. El estructuralismo, el funcionalismo y la psicología del acto de la escuela de Würzburg con Brentano, emergieron en la historia de la psicología como grandes sistemas que buscaron ordenar, el objeto de estudio de una ciencia psicológica naciente, los métodos experimentales de dicha ciencia y los alcances de tales métodos respecto al objeto de estudio (Kantor, 1990). En sí estos sistemas pueden concebirse, si se permite, como ejes rectores del estudio de lo psicológico (del qué y el cómo), y a la vez como propuestas integradoras de los nuevos datos identificados en los laboratorios recién fundados, en torno a una serie de principios conceptuales o postulados generales, más o menos claros y más o menos explícitos en uno u otro sistema.

³ Probablemente las propuestas que se revisarán puedan ser mejor caracterizadas como teorías o abordajes generales de lo psicológico más no como unificadoras-integradoras. A pesar de ello se analizarán partiendo del supuesto de que éstas pueden por lo menos compartir ciertas características de lo que se esperaba de una ciencia psicológica unificada.

Pero curiosamente estos sistemas organizados y organizadores pueden a su vez verse como la fuente inicial (de la psicología como ciencia experimental), de la divergencia de posturas y de los conflictos entre escuelas y sistemas (Ardila, 2003). Es decir, puede ser tanto un ejemplo de sistemas unificados como de sistemas originadores de posiciones divergentes. Sin embargo, este último caso puede tomarse como una característica histórica posterior o resultante al *espíritu* original integrador bajo el cual pudieron haberse originado estos sistemas, y es por ello se citan como ejemplo de integración y no como contraejemplo del mismo.

De ahí es posible pasar a Watson (1913; 1930) y al surgimiento del conductismo como la exaltación de una nueva *filosofía* de la psicología. La propuesta watsoniana puede leerse como un *nuevo* comienzo en lo referente al estudio de lo psicológico. El conductismo de Watson parece ser un ejemplo de lo que para la época se concibió como una nueva forma del estudio científico de lo psicológico cuyo objeto debía ser la conducta y no la conciencia y sus contenidos. Es un rompimiento con la tradición y con los sistemas previos. No es una negación de lo que hasta el momento había y se hacía sino un cambio de foco que implicaba también un cambio en la forma de estudiar el objeto ahora enfocado. En este sentido, el naciente conductismo fue una propuesta que procuró unificar criterios (por lo menos de todos aquellos psicólogos que se hicieran inicialmente llamar conductistas) en torno a cuál debía ser el objeto de estudio de una ciencia de la psicología y al cómo estudiarlo. Si se permite la analogía, Watson sentó las bases e hizo el diseño de los planos para que se construyera el edificio de una verdadera ciencia experimental de la conducta. Sin embargo, ello no implicó que todos los conductistas de la época se unificaran en torno a la propuesta psicológica watsoniana aunque sí debe resaltarse que por lo menos se aceptó en lo general. Por lo tanto, si se lee en términos de una propuesta psicológica histórica y unificadora, podría decirse que efectivamente pudo haber sido tal, aunque posteriormente (al igual que en el caso de los grandes sistemas ya referidos), se hayan dado divergencias en lo particular (e.g. la definición de lo que se va a entender por *conducta* –ver Kitchener, 1977).

Como tercer caso histórico podría citarse a Hull (1943). El sistema hulliano deductivo, ordenado, matematizable en último término, es un ejemplo que probablemente no ha tenido igual en la historia reciente de la psicología. Su énfasis en el establecimiento de principios y la búsqueda de leyes generales de la conducta fue un esfuerzo por hacer del estudio de ésta, una ciencia plena que en últimas podría ser comparable con otras ciencias puras con estructuras lógicas semejantes como la física o de herramientas como la geometría. A pesar del esfuerzo sistemático de Hull por ordenar la ciencia psicológica en torno a ciertos principios básicos (lo cual, si se permite, sería la característica que acercaría a esta obra a ser un ejemplo unificador), su propuesta no parece haber tenido el mismo impacto que otras como la de Watson en su tiempo o como la del mismo Skinner que constituye el cuarto ejemplo.

Skinner (1938; 1950) parece ser la materialización máxima del principio watsoniano de la predicción y el control como fin último de una ciencia de la conducta. Skinner, entre otras cosas, establece una nueva unidad de medida y análisis, distingue a las operantes de las respondientes y construye, de manera muy creativa por demás, una nueva técnica de registro de una respuesta repetida a lo largo de un continuo temporal. Esta nueva técnica de registro permitía ver los cambios en la tasa de respuesta en función de la manipulación de los parámetros de número de respuestas o tiempo que constituirían los programas de reforzamiento de razón e intervalo respectivamente, además de sus combinaciones (Ferster y Skinner, 1957).

El impacto de la obra de Skinner es innegable, tanto así que su análisis en términos de las contingencias de reforzamiento fue hecho extensible a fenómenos más complejos tales como el lenguaje (Skinner, 1957) e incluso al análisis de la cultura (Skinner, 1953). Independientemente de lo acertado o no de esta extensión, Skinner pasa a la historia de la psicología como uno de los teóricos contemporáneos más influyentes y su obra no deja de ser un referente imprescindible en el Análisis Experimental de la Conducta. De Skinner se ha heredado gran parte de su teoría la cual ha sido continuada y desarrollada por sus seguidores; pero incluso aquellos que no lo son directa o indirectamente recurren a sus procedimientos experimentales aunque expliquen sus resultados de formas alternativas a como se haría desde el conductismo radical. En este sentido, se podría calificar a la obra de Skinner, en su momento, como un ejemplo de teoría unificadora-integradora (aunque el mismo Skinner (1950) aparentemente se opusiera a las teorías, por lo menos en su sentido tradicional); pero además de metodología conductista unificadora-integradora, lo cual probablemente constituiría para Staats (1991) el ejemplo histórico más cercano al proyecto que defiende. Teoría unificadora en el sentido de que se habla incluso de una “Teoría del Condicionamiento Operante” la cual se convirtió en referente dentro del conductismo a mediados del siglo pasado; metodología unificadora en el sentido de que los programas de reforzamiento igualmente se convirtieron en un *paradigma experimental* por excelencia al punto incluso de usarlos como extensión al ámbito práctico-aplicado de la modificación de conducta. Es por ello que el llamado conductismo radical skinneriano podría ser eventualmente un ejemplo de propuesta histórica unificadora, por supuesto, únicamente dentro de la corriente conductista.

Un último caso, puede ser el metasistema planteado por Kantor (1978). En el sistema científico propuesto por este autor, los eventos psicológicos se conciben como campos complejos de factores cuya interrelación depende de la historia ontogenética del organismo. La propuesta kantoriana como aproximación naturalista a los eventos psicológicos, centra su estudio en el análisis del campo interconductual donde el énfasis recae en la caracterización de las funciones



estímulo-respuesta identificables en términos del desligamiento y del factor mediador. En este sentido, la estrategia de análisis difiere de la empleada en otras propuestas y/o modelos dado que el campo interconductual, por definición, no puede ser descrito en términos lineales ni mecanicistas sino dinámicos ¿Qué haría a la propuesta kantoriana una alternativa unificadora y/o integradora? Quizá lo sería precisamente para aquellos disidentes de la propuesta skinneriana o de otras que compartan la linealidad en su análisis ante la cual precisamente se opone la propuesta interconductual. También podría serlo para aquellos que se identifiquen con una postura más molar y por ende menos molecular en la definición y análisis de los eventos conductuales. Sin embargo, no parece ser muy justo y a la vez preciso, hablar de la propuesta kantoriana como una aproximación integradora/unificadora sino simplemente como una alternativa de abordaje de lo psicológico.

Finalmente, podríamos incluir como ejemplos históricos no conductistas, a las propuestas cognitivas y cognitivo-conductuales siendo estas últimas, más que un ejemplo de integración o unificación, uno de sumación simple o incluso de mezcla de dos tradiciones claramente divergentes. No se abundará demasiado en éstas dado que Staats (1991) hace referencia a ellas en el documento citado.

Baste concluir este análisis y ejemplificación de la dimensión histórica de la unificación-integración con un hecho que llama la atención y que a la vez puede ser sintomático. En la historia reciente de la psicología, no han surgido nuevos sistemas de características comparables con los que se acaban de revisar. Por el contrario, lo que parece haberse convertido en una “moda” es la creación de microteorías y/o micromodelos (Gutierrez, 2012) para explicar conjuntos reducidos de eventos y/o fenómenos, o incluso de datos producto de procedimientos restrictivos. Contrario a la integración, estos micromodelos y microteorías apuntan cada vez más a la divergencia, al mismo tiempo que prevalecen y se mantienen dado que su compromiso explicativo (por llamarlo de algún modo) es menor comparado con los grandes sistemas y teorías como los que se han referido. Es decir, estos micromodelos o teorías parecen explicar los “fenómenos” que generan bajo condiciones restringidas pero no van más allá ni parecen tener la capacidad de ir más allá de ello (tampoco están interesados en hacerlo y no es norma que lo hagan), o cuando lo hacen, reducen el nuevo evento que analizan a sus categorías de tal manera que éste termina forzosamente ajustándose.

En este sentido, esta revisión histórica puede resumirse de tres formas: 1) pueden identificarse en la historia un conjunto de propuestas que pueden caracterizarse, *grosso modo*, como integradoras y/o más o menos unificadoras (en su inicio) aunque no hayan sido necesaria y directamente construidas para tal fin, o que por lo menos son propuestas (algunas) que en el momento en que fueron planteadas se consideraron como más completas y/o abarcadoras que sus antecesoras, lo que puede dar la idea de cierta unicidad de criterios conceptuales y metodológicos; 2) que a pesar de que se permita caracterizar estas propuestas como unificadoras y/o integradoras, la historia parece mostrar que éstas quizá lo fueron por lo menos parcialmente en sus inicios pero que posteriormente lo característico ha sido la divergencia al interior de una misma corriente e incluso al interior de una misma concepción teórica general (e.g. los diferentes conductismos, las propuestas neoskinnerianas, las diferentes teorías o modelos de campo, los modelos cognoscitivos, etc.); y 3) que en la actualidad prima la existencia de micromodelos y microteorías no comparables con los grandes sistemas y teorías descritos, los cuales hacen que el propósito unificador se vea más difícil de lograr.

En cuanto a este último punto, quienes abogan por la unificación argumentan que la construcción de un metasisistema integrado eliminaría esa tendencia modal de la proliferación de micromodelos y microteorías, permitiendo así un esquema más o menos único tanto teórico como metodológico. Por el contrario, quienes se oponen a la unificación, ven en los micromodelos y microteorías la evidencia misma de la imposibilidad de unificar la ciencia de lo psicológico.

Dimensión práctica

La tercera dimensión de análisis recae en el nivel práctico. Ésta corresponde a la dimensión profesional de la disciplina o si se quiere a lo que se reconoce en forma genérica como psicología aplicada. Si en lo teórico-conceptual-metodológico-experimental las diferencias son de por sí evidentes, en lo referente a la práctica la diversidad parece multiplicarse.

Sin embargo antes de aceptar tal afirmación se requiere, si de analizar la unificación-integración en este nivel se trata, atender a otros elementos. La unificación en la dimensión de la psicología aplicada parece seguir derroteros distintos a los descritos en la psicología básica lo que hace que probablemente sea más justo en este contexto hablar de integración. Mientras en la psicología básica, la búsqueda del conocimiento está determinada por los supuestos ontológicos y epistemológicos, en la psicología aplicada tales aspectos no parecen ser necesariamente relevantes. El compromiso ontológico y epistemológico no parece ser fundamental para la actividad práctica del psicólogo. El

psicólogo puede desempeñarse en la clínica, la escuela, las organizaciones, etc., sin necesidad de delimitar o definir cuáles son las dimensiones, filosóficas si se quiere, que caracterizan su hacer profesional⁴.

Ahora bien, tomemos el caso de la llamada psicología clínica como ejemplo. ¿Es posible hablar de unificación dentro de esta práctica y en qué niveles sería esto lógico? Debe resaltarse que uno de los elementos característicos (aunque no necesariamente definitorios) de este tipo de prácticas es que en muchos casos no se requiere forzosamente de una teoría que las sustente. Esto quiere decir que muchas de ellas son a-teóricas. Constituyen simplemente un conjunto de técnicas cuya aplicación se delimita en función de una serie de rasgos-síntomas que se identifiquen en el diagnóstico. Si no hay teoría en algunas de las prácticas clínicas (y en otras prácticas propias de la psicología aplicada), entonces la pregunta que quedaría por responder es qué se unificaría en esta dimensión, ¿Las técnicas? Si la respuesta fuera positiva (unificación de técnicas), la pregunta que surgiría es cuál sería el criterio de unificación si en últimas todas las técnicas parecen mostrar o han mostrado un grado mayor o menor de efectividad. La respuesta fácil en este nivel sería que la unificación no es posible y no tiene sentido. Sin embargo, probablemente no todos estarían necesariamente de acuerdo con esta apreciación empezando por aquellos que afirmarían que la psicología clínica no son sólo técnicas sino que en éstas se debe reconocer una carga teórica importante de la cual aquellas (las técnicas) se derivan.

En este punto se citarán algunas reflexiones que recientemente ha hecho Castro (2012) al respecto. Este autor parte de la distinción entre la psicoterapia y la psicología clínica propiamente dicha. En el primer caso se incluirían todas aquellas técnicas derivadas de cuerpos organizados de conocimiento, las cuales pueden eventualmente ser aplicadas por cualquier tipo de profesionales (no necesariamente psicólogos). Usualmente este conjunto de técnicas son las que se han derivado o relacionado con las grandes escuelas, enfoques o corrientes contemporáneas en psicología (psicoanálisis, humanista, sistémica, conductual, cognoscitiva). Siguiendo a este autor, tradicionalmente los practicantes de este tipo de psicoterapias se han preocupado más por mostrar que sus técnicas son más efectivas que las de otras corrientes generando un ambiente de competencia entre ellas.

La psicología clínica, por el contrario, sería el ideal actual del actuar del psicólogo profesional dentro de esta área. La diferencia entre la psicología clínica y la psicoterapia, sería que la primera se nutre de todo el conocimiento psicológico en general sin atarse a ninguna escuela o corriente en particular. Al igual que en la psicoterapia, de este conjunto de conocimientos generales se derivarían las técnicas, pero éstas ya no se orientarían a demostrar cuál teoría o enfoque es mejor, sino, que su criterio de elección estaría basado en las necesidades del usuario. Es decir, es la técnica la que se elige y se ajusta en función de las necesidades del usuario y no éste el que debe ajustarse a una única técnica, o en otras palabras, la mejor técnica o tratamiento no es la que dicta la teoría sino la que produce mejores resultados según el caso particular. Según Castro (2012), esto permite que la psicología clínica no sólo tenga cabida dentro de la atención individual sino que pueda participar en otras dimensiones y dominios, por ejemplo sociales y comunitarios (de ahí que los psicólogos clínicos puedan desempeñarse en cualquiera de estas áreas).

Esto lleva a que en la actualidad, dentro de la psicología clínica el énfasis (normativo si se quiere), sea en lo que en los estándares internacionales se conoce como Práctica Basada en la Evidencia. Es en este punto donde se supone que se daría la emergencia de la unificación-integración. Pero esta unificación, como se mencionaba al comienzo de este apartado, parece ser de características distintas a las que se plantean para el caso de la psicología como ciencia. Esto es, en el caso de la psicología clínica, pareciera que el énfasis no es en la búsqueda de la unidad, sino por el contrario, de la diversidad. La Práctica Basada en la Evidencia pone de manifiesto que los criterios que se deben tomar para elegir una metodología de abordaje que derive en un tratamiento o una técnica, deben ser aquellos en los que se haya demostrado que la metodología, tratamiento y técnica, funcionan. Dicha evidencia provendría de la combinación entre la investigación clínica, de la experiencia de los terapeutas y de las circunstancias socio-culturales en las que el usuario está inserto. Bajo esta lógica entonces, no sólo habría una única metodología o técnica que deba ser utilizada sino que varias pueden serlo mientras se demuestre que funcionan. Entonces no se está hablando de una unificación en términos del establecimiento de una unidad, sino (y por eso aquí cabe mejor el término), de integración de criterios para la elección de procedimientos y técnicas que sean efectivas, donde esos procedimientos o técnicas no dependen de ninguna teoría, escuela o enfoque particular. Desde este punto de vista se asume además que la integración teórica a nivel de la psicología clínica no es posible ni necesaria y que incluso distrae del objetivo fundamental de la clínica: la solución de un problema individual delimitado social o culturalmente⁵. Lo que si es viable y además necesario dentro de esta línea de argumentación es la integración de diversas estrategias de atención que demuestren ser efectivas.

⁴ Esto evidencia un problema en el proceso de formación al no distinguir entre el psicólogo como científico y el terapeuta o el profesional que se encarga del dominio y aplicación de una técnica *psicológica*. Probablemente ambos procesos deberían ser distintos y estar completamente separados. Sin embargo, una discusión al respecto requiere un mayor espacio para el desarrollo de argumentos cosa que sobrepasa el propósito de este escrito.

⁵ Uno de los problemas con los que se ha enfrentado particularmente la psicología clínica es el de los criterios que delimitan los casos en los cuales una persona requiere o no de atención. Estos criterios se ven influidos usualmente por las tendencias mismas de la época; por lo tanto los problemas



¿Qué implicaciones puede tener ello? En el sentido más puritano, lo primero que podría resaltarse es que en principio parece que ya no es necesaria la teoría para generar la o las técnicas efectivas o que en el mejor de los casos éstas pueden nutrirse de diversas fuentes teóricas. Esto parece suponer además que la teoría terminaría subordinándose a la técnica. Si la técnica termina dominando sobre la teoría, el riesgo emergente es el de la reducción de la segunda a la primera, lo cual parece ser el caso (o en últimas, si bien no sería una reducción, si por lo menos, como se señalaba inicialmente en este apartado, una práctica a-teórica). Sin embargo, ello no necesariamente sería un problema si se atiende al objetivo de la psicología como profesión. Si asumimos que el criterio es el de la solución de problemas sociales, o individuales, entonces nada habría de malo en que la práctica clínica fuera a-teórica o que primara la técnica sobre la teoría. Por el contrario, parece ser una característica requerida si asumimos que lo que importa es que haya en últimas una técnica de la cual se pruebe su efectividad. El criterio de efectividad se le aplica a la técnica no a la teoría⁶. Ahora bien, de ser así, ello implicaría que el trabajo dentro del campo de la denominada psicología clínica puede ser hecho por cualquier profesional entrenado sin que sea de dominio exclusivo de los profesionales en psicología (con ello no estaría de acuerdo Castro (2012), quien afirma que la práctica clínica debe ser exclusiva de psicólogos, contrario a la psicoterapia que sí podría ser ejercida por cualquier profesional. El argumento del autor es que el psicólogo clínico no sólo se dedica a aplicar técnicas, lo cual sin embargo, puede ser puesto en duda).

A modo resumen y conclusión

Se ha hecho un análisis de tres dimensiones en las cuales puede tener cabida la discusión por la unificación-integración: la dimensión epistemológica-ontológica, la dimensión histórica y la dimensión práctica o concerniente a la psicología aplicada donde se analizó a la práctica clínica como ejemplo.

En lo que a la primera dimensión corresponde, se parte de la aceptación de una gran diversidad al interior de la disciplina. Se ha reconocido también que esa diversidad es en principio irreconciliable en el sentido de que la dimensión ontológica de las diversas psicologías es inconmensurable (Ribes, 2000). Aún así, aunque se acepta la existencia de una amplia diversidad, la pregunta y los esfuerzos por la configuración de una disciplina o ciencia unificada de la psicología, persisten.

En la segunda dimensión, al realizar un análisis histórico del desarrollo de la psicología como ciencia, se han encontrado varios ejemplos de grandes sistemas, teorías o metasisistemas que en su momento y a la luz de las actuales categorías y criterios, bien podrían clasificarse como “prototipos” unificadores y/o integradores, aunque no hayan sido contruidos con tal fin. Se han caracterizado de este modo en este documento por el hecho de que han sido sistemas que en primer lugar trataron de delimitar un ámbito de conocimiento, un dominio u objeto y una forma de trabajo, además de haber reunido en torno a sus premisas a un conjunto de hombres de ciencia y de comunidades académicas que en mayor o menor grado trabajaron por lo menos en sus inicios bajo un mismo conjunto de principios generales. Cabe destacar que a pesar de ello, en general, estos sistemas han tendido hacia la divergencia o a la desintegración en algunos casos. Ahora bien, a pesar de que puedan identificarse ejemplares históricos que cumplan (quizá laxamente) las características de sistemas integradores y/o unificadores, en la actualidad no se reconocen esfuerzos similares. Por el contrario, la tendencia parece ser hacia la generación de microsistemas o microteorías cuyo interés es explicar sólo un reducido conjunto de fenómenos y que no se configuran como grandes teorías o metateorías de lo psicológico. A pesar de ello aún cabe la posibilidad de que sistemas semejantes a los analizados en este documento, puedan eventualmente emerger en el proceso de desarrollo conceptual y experimental de la psicología. Pero probablemente si tales sistemas llegan a surgir, no sería porque éstos estén buscando la unificación como fin, sino, porque dadas las circunstancias históricas puedan impactar en un mayor o menor grado sobre el que hacer de un conjunto de comunidades científicas. Esto es, la unificación podría eventualmente ser terminada siendo socialmente determinados lo que relativiza la valides de los criterios de delimitación de la llamada conducta desviada, anormal o patológica. Probablemente algunos de los problemas psicológicos actualmente clasificados bajo categorías estándares y universales, dejen de serlo en el futuro. un producto colateral de la práctica científica, pero no un fin como tal o un propósito u objetivo que deba guiar dicha práctica.

⁶ Castro (2012) afirma que la metodología o las técnicas de intervención deben derivarse del conocimiento psicológico haciendo referencia con ello a la teoría y hallazgos como productos de lo que genéricamente denominaríamos como psicología básica. Sin embargo ello no parece ser tan evidente. En primer lugar, no es claro de qué tipo de conocimiento se nutriría el campo aplicado, dado que se habla que éste último toma “el conocimiento general” producto de la psicología básica, lo cual resulta ambiguo. En segundo lugar, el supuesto flujo natural de lo básico a lo aplicado dista mucho de ser real. Por el contrario, la realidad es que corresponden a dominios, haceres y criterios distintos que sólo parecen tocarse parcialmente en algún punto borroso. De hecho, la mayoría de los currículos de los programas universitarios formadores de psicólogos, distinguen entre la formación básica y la aplicada, pero sin una conexión aparente entre ellas.

En cuanto a la tercera dimensión que incluye a la psicología como profesión y que aquí se ha referido como la dimensión práctica o aplicada y en la que se ha analizado a la psicología clínica como caso (no único obviamente), la unificación-integración parece ser también un fin deseable contrario a lo que se podría pensar en virtud de la amplia diversidad en lo que genéricamente puede denominarse como la aplicación de lo psicológico. Sin embargo, en esta dimensión la unificación-integración parece tener características distintas a la unicidad (conceptual, metodológica o de otro tipo) que parece pretenderse en la psicología básica o científica. Aquí la unificación parece buscarse en la diversidad por decirlo de algún modo a partir de la cual se busque una integración eficiente. Entre más metodologías de abordaje y técnicas se tengan es mejor, siempre y cuando se compruebe a partir de ciertos criterios que éstas son efectivas. Se ha comentado que ello parece suponer cierta subordinación-reducción de la teoría a la técnica o en últimas la configuración de prácticas a-teóricas lo cual eventualmente no sería del todo malo si el criterio es la efectividad de la práctica vista en función de las necesidades de los usuarios de ésta.

¿Cuál es el resultado de este análisis? Se pueden decir varias cosas. En primer lugar, la amplia diversidad en psicología es plenamente reconocida tanto por quienes apoyan la unificación como por quienes no la consideran viable. Yela (1996) por ejemplo, coincide en que los psicólogos y sus prácticas crecen aceleradamente al punto de que “si el ritmo sigue, no mucho más tarde existirán más psicólogos que habitantes en nuestro pequeño planeta azul” (p. 328). Aunque la afirmación es extrema, cabe la posibilidad de añadirle que cada uno de esos psicólogos parece ser un universo distinto lo que hace a la posibilidad unificadora aún más distante.

No puede pensarse que la unificación yace simplemente en el establecimiento de una definición del objeto de estudio y de un método con el que la mayoría de los que se hacen llamar psicólogos esté de acuerdo tal como lo plantean Arana, et al. (2006). Para la muestra, el mismo Yela (1996) quien a pesar del escenario pesimista que describe en la introducción de su documento, afirma que la unidad es posible y que el punto de partida puede ser precisamente el objeto y el método diciendo respecto al primero que “doy... por supuesto que la psicología versa sobre fenómenos como sentir, percibir, emocionarse, desear, creer y pensar” (p. 332). ¿Cuántos psicólogos estarían de acuerdo con esta definición del objeto de estudio de lo psicológico?, ¿cuántos más lograrían ponerse de acuerdo en la definición de tan sólo uno de estos términos, por ejemplo, percibir? El asunto va mucho más allá de un consenso sobre la definición de objeto y método. Si bien son los elementos en los que primero se piensa a la hora de hablar de unificación, no deben ser los únicos (Staats 1999; 2005). Además porque en la especificación del objeto y el método hay otros supuestos que le subyacen y que son probablemente los más difíciles de unificar.

Roth (1984) hace referencia a algunos de ellos: los protopostulados o planteamientos epistemológicos, los postulados taxonómico-definicionales, las proposiciones metodológicas y lógicas, la prueba empírica, la relación interteórica y la vinculación metateórica. Todos o algunos de ellos podrían sintetizarse en lo que Ribes, Moreno y Padilla (1996) denominan la metáfora raíz y el modelo. Lo que se define como objeto de estudio y método obedece a un conjunto de creencias sobre la realidad, a una concepción epistemológica implícita o explícitamente aceptada, a una lógica sobre los límites del conocimiento, a una forma de abordar y estudiar lo que cae dentro de esos límites y aún más, lo que la práctica científica del grupo de referencia específica como lo pertinente; y en esto último, toda la dimensión sociológica de la ciencia entra en juego.

Todos estos elementos deberían por lo menos en principio tenerse en cuenta a la hora de plantear alternativas de unificación. En tal sentido, propuestas como las de la *Síntesis Experimental del Comportamiento* si bien resultan de un interesante esfuerzo, parecen enfocarse en estructurar ejes unificadores que atienden sólo a la parte superficial de la práctica científica más no necesariamente a la raíz. Además de que difícilmente sería aceptable por la mayoría de los psicólogos más aún cuando se parte de afirmaciones tales como la siguiente: “será una disciplina que posea como columna vertebral el análisis comportamental, que formule sus leyes a nivel comportamental y no fisiológico, que prefiera el método experimental a cualquier otro que enfatice el aprendizaje por consecuencias y que dé gran importancia al control del ambiente” (Ardila, 2003, p. 36). Dudo que la mayoría de los psicólogos por lo menos aquellos dedicados a la investigación, estén dispuestos a aceptar estas premisas.

Ahora bien, hay algo que a juicio de quien escribe, no ha sido lo suficientemente aclarado o justificado por quienes propenden por la unificación. ¿Por qué ésta es necesaria? El racional apunta a la propuesta de Kuhn (1962) que asume la existencia de etapas en el progreso científico donde una de ellas corresponde al de la ciencia normal en la que un paradigma unificado organiza el quehacer de una comunidad científica particular. Pero, ¿por qué asumir que ello se convierta en el *deber ser* de la disciplina? Adicionalmente ampararse en la propuesta de Kuhn desconoce otros planteamientos sobre el progreso científico que además han surgido como críticas a la noción de la ciencia normal (e.g. Feyerabend, 1989-1975; Toulmin, 1953). Es necesario entonces que, antes de plantear propuestas unificadoras, se requiera una discusión amparada en la filosofía de la ciencia a fin de identificar si el problema de la unificación es realmente pertinente para la ciencia en lo general y para la psicología en lo particular.

Con todo ello se ha tratado de mostrar que aunque la pregunta por la posibilidad de una psicología unificada parece tener en principio una respuesta negativa a partir de la amplia diversidad fácilmente reconocible en la disciplina, aún así la discusión sigue abierta y vigente. Sin embargo, lo importante debería ser, antes de la unificación, “organizar



la propia casa”. Esto parte por la creación y consolidación de verdaderas comunidades académicas con una lógica epistémica clara y un ejercicio coherente sobre lo que cada comunidad entienda por lo psicológico. En este sentido, cada grupo respondería a una identidad particular y sería consistente con la misma en su práctica, lo que la haría a sí misma autocorrectiva de ser necesario. Sería más bien una búsqueda de pequeños procesos de “unificación” a nivel pequeñas comunidades antes que uno que abarque a todos y todas las psicologías. Eso probablemente nos acerque progresivamente a un proceso de reflexión autocrítica en el que se retome lo pertinente y se abandone lo innecesario o lo estéril. Quizá de ese modo algún día por lo menos alcancemos un grado mínimo de consistencia interna lo cual sería un logro inmenso teniendo en cuenta el panorama actual de la disciplina.

- Arana, J., Meilán, J. & Pérez, E. (2006). El concepto de psicología. Entre la diversidad conceptual y la conveniencia de la unificación. *Apreciaciones desde la epistemología. Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 8, 111-142.
- Ardila, R. (2003). La necesidad de unificar la psicología: el paradigma de la síntesis experimental del comportamiento. *Revista Colombiana de Psicología*, 12, 28-37.
- Caparrós, A. (1991). Crisis de la psicología: ¿singular o plural? Aproximación a algo más que un concepto historiográfico. *Anuario de Psicología*, 51, 5-20.
- Castro, L. (2012). ¿Es posible una integración teórica de los tratamientos psicológicos? Conferencia presentada en la VIII versión de la Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo, Bogotá, Colombia. Recuperado el 30 de noviembre de 2012 de <http://www.humanas.unal.edu.co/catedramrodrigo/videosdelasesiones/octubre-20-es-posible-una-integracion-teorica-en-las-terapias-psicologicas/>
- Ferster, C.H., & Skinner, B.F. (1957). *Schedules of reinforcement*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Feyerabend, P. (1989). *Límites de la ciencia: explicación, reducción y empirismo*. España: Paidós.
- Feyerabend, P. (1975). *Against method*. London: New Left Books.
- Green, C. (1992). Is unified positivism the answer to psychology's disunity? *American Psychologist*. 47, 1057-1058.
- Gutiérrez, G. (2012). Psicología, diversidad e integración. Conferencia inaugural presentada en la VIII versión de la Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo, Bogotá, Colombia. Recuperado el 30 de septiembre de 2012 de http://www.humanas.unal.edu.co/catedramrodrigo/files/4213/4738/1540/sesion18_agosto.mp3.
- Hull, C.L. (1943). *Principles of behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Kantor, J.R. (1978). *Psicología interconductual. Un ejemplo de construcción científica sistemática*. México: Trillas.
- Kantor, J.R. (1990). *La evolución científica de la psicología*. México: Trillas.
- Kitchener, R.F. (1977) *Behavior and behaviorism*. *Behaviorism*. 5, 11-71.
- Kuhn, T.S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Loose, J. (2004). *Theories of scientific progress*. New York-London: Routledge. Taylor & Francis Group.
- Ribes, E. (2000). Las psicologías y la definición de sus objetos de conocimiento. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*. 26, 367-383.
- Ribes, E., Moreno, R., & Padilla, M.A. (1996). Un análisis funcional de la práctica científica: extensiones de un modelo psicológico. *Acta Comportamental*, 4, 205-235.
- Roth, E. (1984). Hacia un modelo de campo integrado en psicología: un aporte latinoamericano. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 16, 225-234.
- Skinner, B.F. (1938). *The behavior of organism. An experimental analysis*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Skinner, B.F. (1950). Are theories of learning necessary? *The Psychological Review*. 57, 193-206.
- Skinner, B.F. (1953). *Science and human behavior*. New York: Macmillan.
- Skinner, B.F. (1957). *Verbal behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Staats, A. (1991). Unified positivism and unification psychology: fad or new field? *American Psychologist*. 46, 899-912.
- Staats, A. W. (1999). Unifying psychology requires new infrastructure, theory, method and a research agenda. *Review of General Psychology*, 3, 3-13.
- Staats, A. W. (2005). A road to, and Philosophy of, Unification. In R. J. Sternberg (Ed.), *Unity in Psychology. Possibility or Pipedream?* (pp.159-177). Washington, DC: American Psychological Association.
- Toulmin, S. (1953). *The philosophy of science: An introduction*. Londres: Hutchinson.
- Vygotski, L. (1927/1991). El significado histórico de la crisis de la psicología. Una investigación metodológica. En L. S. Vygotski. *Obras Escogidas* (pp. 257-413). T. I. Madrid, España: Visor/Ministerio de Educación y Ciencia.
- Watson, J.B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *The Psychological Review*. 20, 158-177.
- Watson, J.B. (1930). *Behaviorism*. Chicago: University Chicago Press.
- Yela, M. (1996). Unidad y diversidad de la psicología. *Psicothema*, 8, 327-351.

Received: 01/08/2013
Accepted: 05/08/2015